

del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra más atrevida y versada en estas materias el delinear uno de los más risueños de la época, el tipo de *La Autoridad*.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aún estrecho el uniforme de covachuelo ó de jefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas y comanditarias. — Por cuanto á la sazón la dicha patria suele hallarse ocupada en procurarse un *padre* que la defienda por tres años en el Congreso nacional *de esta córte*, como dicen los ciegos papeleros. — ¡Qué mejor ocasion! — Hinchanse con el nombre del jóven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heroicos vecinos de Madrid; admiran y encomian su improvisado talento los mismos que há poco tiempo le negaban hasta el sentido comun; dispútansele y le proclaman los propios parientes y amigos que ántes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del Parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y con cita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad.....—Al dia siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el banco azul; y en fuerza de su mágica influencia, cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras; y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el órden y robustecer *su poder*.—No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas á *grande espectáculo*;

no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á *beneficio* de un autor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la córte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien *de la legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir, que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion. El pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad.—Este camino es acaso más lento, pero más seguro : los aduladores del poder reciben por premio un insignificante diploma ó una módica soldada : los que adulan al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillón ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de orden superior en favor de una candidatura circular; ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad; ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio; ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial; ora, en fin, marchan al frente de los más ardientes agitadores, reúnen la fuerza armada y *se pronuncian* por la anarquía; ora se colocan al lado de la autoridad cuando ésta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el orden y la justicia.

Otros, por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y más prosaicos en sus medios de accion, beneficiaban en provecho propio el saber ó la influencia de un le-



jano pariente, de un discípulo, de un amigo,—¡y quién en estos benditos tiempos no es discípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande!—No hay en la extension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado que no haya producido un ministro al ménos; y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

EPÍLOGO.—Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y explícito *memorial*.—La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el *club* ha sustituido á la *cofradía*; al estandarte la bandera; y á la imágen del santo la inveterada efigie de algun *santon*.

El *Pretendiente*, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable, á quien comparábamos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste, como él, todos los matices que le rodean; trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que ántes bloqueaba; y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

Despues de los dos tipos que anteceden, escritos por el autor, como queda dicho, para la obra titulada LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS, publicada en 1845, y en que tomaron parte todas las plumas distinguidas de nuestra literatura contemporánea, cupo al CURIOSO PARLANTE la gloria de ser invitado á terminar, resumiendo, por decirlo así, tan importante publicacion, como lo hizo, en los términos siguientes:

Ha sonado la hora de concluir nuestra tarea; y en el momento supremo de decir el último *adiós á Los Españoles pintados por sí mismos*, no le parece al autor fuera del caso el evocar las sombras de los que fueron, al mismo tiempo que intente borrajear algunos rasgos de los que á ser empiezan;—dirigir una mirada retrospectiva hácia nuestra antigua España, con su original organizacion y sus tipos originales, para luégo tornarla dulcemente hácia la España actual con sus flamantes imitaciones;—considerar lo que fuimos en la antigüedad (la antigüedad, en el lenguaje corriente, no va más allá de dos lustros) para saborear luégo á nuestro placer lo que hoy somos;—poner frente á frente la civilizacion antigua con la moderna; la cortesanía con la popularidad; la aristocracia con la democracia; el siglo con la imprenta; la rutina con la manía de innovar; la hipocresía con el escepticismo, y la opinion privada con la pública opinion.

Esto supuesto, y por vía de codicilo final, intentaremos presentar á nuestros lectores algunos de los tipos rezagados de la vieja sociedad, que, por no existir ya, no han podido tener cabida en esta obra; y oponerlos luégo otros de los modernos, que, por no bien caracterizados todavía, no dieron motivo á especial retrato. — Baraja estrambótica y risueña, mezcla de figuras antiguas y modernas, de chochees y niñerías, de pretéritos y futuros, en que salgan á relucir en su traje respectivo los abuelos y los nietos, los muertos y los vivos, las momias acartonadas y los fetos en embrion.

Alto allá; la hora llegó; la trompeta suena..... *Surgite omnes et venite ad iudicium.*

CONTRASTES.

1825

TIPOS PERDIDOS.

EL RELIGIOSO.
EL CONSEJERO DE CASTILLA.
EL LECHUGUINO.
EL COFRADE.
EL ALCALDE DE BARRIO.
EL POETA BUCÓLICO.

1845

TIPOS HALLADOS.

EL PERIODISTA.
EL CONTRATISTA.
EL JUNTERO.
LOS ARTISTAS.
EL ELECTOR.
EL AUTOR DE BUCÓLICA.

EL RELIGIOSO.

El representante más genuino de nuestra antigua sociedad era *el Fraile*. Salido de todas las clases del pueblo; elevado á una altura superior por la religion y por el estudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia en una verdadera independencian; abiertas á su virtud, á su saber ó á su intriga todas las puertan de la grandeza humana; dominando, en fin, por su carácter religioso y por su experiencia, todos los corazones, todas las conciencias privadas, venía á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el espejo donde corrian á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.

Un infeliz artesano, un mísero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al claustro una parte de ella, confiando en que desde allí el hijo ó hijos religiosos servirian de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales, que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante ó un haragan aprovechaban ésta, como todas las instituciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud ó para vegetar en la indolencia y el descuido.

De estas excepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus armas el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente para echar por tierra la sociedad monástica, y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España, ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jimenez de Cisnéros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Domingo de Guzman? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo?—¿Dónde, más que en los claustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobrehumano?—Piadosos anacoretas, separados del comercio social, habitaban muchos en yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la penitencia. Colocados otros en las ciudades y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la pru-

dencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales, que son todavía nuestro máspreciado blason.

Ademas de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal.—Un pobre fraile, sin más atavíos que su hábito modesto y uniforme, sin más recomendaciones que su carácter, sin más riquezas que su independendencia, entraba en los palacios de los príncipes, era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz.—Asistiendo á las glorias y á las desdichas íntimas de la familia, le veia desde su cuna el recién nacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibia de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejo y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solia empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interes. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El Religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es de hacer justicia á una clase benemérita, que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad; no era, como se ha

repetido, un sér egoísta é indolente, entregado á sus goce materiales y á su estúpida inaccion.—Para uno que se encontraba de este temple, habia por lo ménos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia.—No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los más, se hallaban contentos en su independiente medianía, y prestaban desde el silencio del claustro el apoyo de sus luces á la sociedad.—No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino más generalmente para dirigir las ó moderarlas.—Crear lo demás es dar asenso á los cuentos ridículos del siglo pasado ó á los dramas venenosos del actual.—Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad anexa á todas las cosas humanas, á las nuevas ideas políticas ó á los cálculos económicos, más bien que á sus faltas y extravíos.

EL PERIODISTA.

La civilizacion moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores.—El actual no presenta para su recomendacion títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data sólo, entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada.—Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varía en un punto la organizacion social.—¿Qué enigma es éste de la moderna sociedad, que se deja conducir por el primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinion de un hombre osado; que confía sus

poderes á un imberbe mancebo, para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Surge en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y audaz que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras, y ninguna concluye; que critica todos los libros sin abrir uno jamas.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre; un genio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á Ministro, y que luégo, luégo parta á la córte, donde no podrá ménos de hacêr fortuna con su desenfado y su carácter marcial.—El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular, arriba felizmente orillas del Manzanáres, se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico.—A los pocos días tiende el paño y explica, allá á su modo, la *teología política*; trata y decide las *cuestiones palpitantes*; anatomiza á los *hombres del poder*; conmueve las *masas*; forma la *opinion*; es representante del *pueblo*; hace su *profesion de fe*, y profesa, al fin, en una intendencia ó una embajada, en un gobierno político ó en un sillón ministerial.—Llegado á este último término, hace lo que todos: recibe la autorizacion de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la Secretaría; coloca en ella á sus parientes y paniaguados; expide circulares; firma destituciones; da audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado; toma posiciones académicas, se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo, y se coloca, naturalmente, en la Galería pintoresca de los personajes célebres del siglo.—A los seis

meses ó ménos de representacion, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido á su antigua luneta.—Vuelve á enristrar la pluma; vuelve á oponerse al poder; vuelve á hablar de la «atmósfera meffítica de los palacios, de la filantropía de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas»; hasta que otra oleada de la tempestad política torna á colocarle en las nubes.—Truena de nuevo allí; vuelven á silbarle, y tórnase á escribir..... «¡Oh almas grandes, para quienes los silbidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!»

EL CONSEJERO DE CASTILLA.

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se habia inventado el periodista magnate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábanse largos años para sentarse un hombre en sillón aterciopelado, dilatada carrera para regir la vara de la justicia, y un pulso tembloroso para llegar á firmar con don.—El jóven estudiante que salía pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres aulas Complutenses ó Salmantinas, tomaba el camino de la córte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega ó del Dragon.—Desde allí flechaba su anteojo hácia la sociedad en que aspiraba á brillar; hacía uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistía á conferencias; escuchaba sermones; hacía la partida del tresillo á la señora esposa del camarista, á la vieja azafata ó al vetusto covachuelo; y á dos por tres entablaba una controversia lógica sobre los *pases* de Pepe-Hillo ó las *entradas* del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardón de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampu-

losa relacion), acertaba á pillar un primer lugar en la consulta para la vara de Móstoles ó de Alcorcon; y si por dicha habia acertado á captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del camarista ó de una hermana fiambre del covachuelo, entónces la vara que le ponian era mejor. — Servia sus seis años, y con otros dos ó tres de prention, ascendia á segundas; luégo á terceras, de corregidor de Málaga ó alcalde mayor de Alcaraz. — Aquí ya tenia la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco ó en el gobierno de Mechoacan. — Regresando luégo á la Península, entraba, por premio de sus dilatados servicios, en el Consejo de las Indias ó en el de las Ordenes, y de allí ascendia, por último, al Supremo de Castilla, á la Cámara y al favor Real.

Esto nunca llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entónces era más bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aún en sus altos años su modesta capacidad, su semblante sonrosado, su prosopeya y coram-vóbis. — Habitaba por lo regular un antiguo caseron de las calles del Sacramento ó de Segovia, en cuyos interminables salones yacian arrumbados los siales de terciopelo, los armarios chinescos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal. — Las señoras y las niñas hacian novenas y vestian imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pía; los pajes y las criadas se hablaban á hurtadillas hasta llegar á matrimoniar.

El anciano magistrado madrugaba al alba, y hacía llamar al paje de bolsa para extender las consultas ó extracar los apuntamientos; á las ocho recibia las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subia en el coche verdinegro, y á placer de sus propectas mulas se llegaba á misa á Santa María. — Entraba luégo al Consejo, y escuchaba en *sala de Gobierno* los

privilegios de feria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio, calidad y peso del pan.—Pasaba despues á la de *Justicia*, á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias.—Asistia luégo *en pleno* á los arduos negocios en que se interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viérnes á palacio á *consulta personal* con S. M., y regresaba, en fin, á la *Cámara* á proponer obispos y magistrados, expedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio Real.

De vuelta á su casa, comia á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al R. Maestro Prudencio ó al Excmo. P. General, para llevarlos consigo á paseo la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartin.—Allí se dejaba el coche, que les seguia á distancia respetuosa, y se hacía un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de exquisito sevillano.—Habíabase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promocion; se leian recomendaciones de pretendientes, y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del Camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochecer era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato se consumia el jicaron de rico chocolate de Torroba con sendos bollos de los Padres de Jesus; y vuelto á casa el Magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia, y se entablaba un tresillo, á ochavo el tanto, con el secretario de la Cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaba á su Ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—Háganse Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.—¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios ó médico homeópata? ¿La bolsa ó la vida?—¡Eh!.... ¡A un lado, hombre!—¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construcción, el *jockey* se apea y va á dar el brazo, para descender, á un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoración de brillantes en el pecho.—Sube apresuradamente la escalera, sin reparar en las varias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas, donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus solas cuánto le producirá el último corte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra á la sazón á proponerle la venta de algunos millones de créditos: el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el Gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habilitado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos; el escribano le lee una escritura de adquisición de una propiedad, el comisario la hipoteca que hace de ella para la

contrata; el cajero le da cuenta del arqueo; y el *groom* le entrega un billete perfumado de la *prima donna*, ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.

A todos contesta y en todo está.—Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café ántes de ser contratista, con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director, y con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él.—Pasa luégo á dirigir personalmente el arreglo del jardin ó las colgaduras del salon; sale al Prado á dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó; va luégo al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales, en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad; pero ya se decidirá.—Y la sociedad, ansiosa, acudirá á festejar al dichoso del dia; y la *pluto-cracia* triunfará de la *aristo-cracia*, y de los rancieros pergaminos los billetes de banco y los talegos de arpillera.—«Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo *inocente* del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de *pisaverdes*, *currutacos*, *petimetres*, *elegantes* y *tónicos*.—Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda; su teatro, el Prado y la sociedad.—Su cuerpo estaba á las órdenes del sastre; su alma, en la forma del talle ó en el lazo del corbatin.—¡Qué le importaban á él las intrigas palaciegas, los lauros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé*! ¡cuando se veia interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalon!

¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveril! ¡Y no como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abortos de ambicion y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda ó dominados por la dorada realidad! — ¡Dichosos aquéllos, que, más filósofos ó más naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, y seguian los pasos de una modista; danzaban al compas de los de Beluzi, y tomaban á pechos las glorias de la Cortessi ó los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas, en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris, y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals! — ¡Qué tiempos aquellos en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!..... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un dia nos diste que hacer), y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusion?

¡Oh *Lechuguino!* ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿Dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva, con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodón. Rogad que vuelva, con sus floridas ilusiones y su escasa ilustracion, con sus idilios y sus ovillejos, y sin barbas, sin periódicos, sin escepticismo y sin *instinto gubernamental*.

EL JUNTERO.

Este tipo es provincial, moderno, popular y socorrido.—Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad provecta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna.—Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas y cesantes del pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café más desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrancará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que así lo habia previsto, ó por decir mejor, que así lo habia preparado, luégo que llega á entrar con aquella investidura en la Casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica, en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las *cadenas de la opresion*; á cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir*.—Y nuestro Juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnímota, independiente, irresponsable, heroica y liberal.—Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á éstos, se despacha á aquéllos (todo con el mayor orden), se canta el *Te Deum*, y se pasea la Junta en coche simon.

A los cuatro dias empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas; subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones espontáneas bajo pena de la vida de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteosis del nuevo Gobierno en la capital.

El Juntero entónces, hombre de orden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó jefe político, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno.—Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santón;—discutian allí sobre las fiestas religiosas é indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposicion;—y finalmente, hasta en muchas de ellas y con reglamentos sabios y filantrópicos se atendia al socorro de los cofrades necesitados, como en los mutuos auxilios trazados hoy por las Sociedades aseguradoras.—El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos no es, por lo tanto, una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron á la civilizacion no merecen por cierto el desden del filósofo; y si el tiempo y la relajacion de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para extender el espíritu de asociacion y el instinto de caridad.

Pero, dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociacio-

nes, y limitados á trazar el tipo especial del individuo cofrade (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental*), hallarémosle en el cancel de la iglesia donde se celebra la funcion del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado : su traje es serio, ó como él dice, *de militar negro*; zapato de oreja, pantalon holgado y sin trabas, y en los dias de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de roseton.—Su profesion en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral.—El celo que le anima por la hermandad le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de la fiesta, procesiones y sufragios.—En aquéllas el Cofrade autorizado lleva el pendon ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta tambien y encrespa los cuatro mechones de pelo traídos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior.—En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios arduos, y muy luégo se ve condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradía.)

No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas y adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar

en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre.—Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el sacramental hace próspera cosecha.

Ni es (por desgracia) sólo el ardor espiritual el que suele andar en ello; también el pícaro interés mundano acierta á veces á salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradía, y el instinto provincial para auxiliarse mutuamente; porque conviene saber que muchas de aquéllas son formadas exclusivamente por Gallegos ó Castellanos, Aragoneses ó Navarros, los cuales, á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora del Pilar ó San Fermin, tratan de buscar entre los cofrades litigios, si son abogados; enfermos, si son médicos, y obras de su oficio, si honrados menestrales.—Además de esto, la cofradía suele tener algunos fondillos de que disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comision, ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del Cofrade es pensar que cuando fallezca asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes; le vestirán diez ó doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confía que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulación.

LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual.—En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados.—Hoy sólo hay *Artistas*; y en esta calificación entran indiferentemente desde el pincel de Apéles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fídias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el coturno trágico hasta la cuerda del acróbata; desde el compas de Vitrubio hasta el cuevo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el Laberinto ó el Semanario, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de aficion*; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza..... *Artistas, Artistas de escuela*.

Entre tanto, como todo el mundo es Artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza, que ántes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar dónde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos está por las artes de movimiento; protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quieren estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos, el ruido del aurífero metal.—Cuando más, y para satisfacer su

amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista, entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital, y se sube á una buhardilla con pretexto de buscar luces. Allí se encierra mano á mano con su independendencia, y se declara hombre superior y genio elevado; descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares, y ostentando su excentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer.—Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estoica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el más altivo desden.—Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que ántes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes y liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de Ayuntamientos; todavía resuenan sus glorias en nuestros oídos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aún estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabrémos decir de quién) con aquella autoridad local,

inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes y no defraudar las esperanzas del país, que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar, respecto á los mancebos y oficiales, una actitud de estatua ecuestre, y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad.—Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luégo la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y dados en cuenta corriente, á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer ajena por la propia mujer.

El alcalde, severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una séria reprimenda, recordando su deber á ellos, que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganes ó pimientos en vinagre.—Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de reincidencia, amén de dos ducados de multa impuestos á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil, que hacía de ley.

No sólo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad.—Por las noches y ratos desocupados se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenia el ratero en su rápida carrera; protegía al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su bas-

ton en la balanza del tocino; conducía á su manso la oveja perdidiza; y si era acabada la pendencia, la hacía volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *Ocurrencias* amenizan la última página del *Diario de Madrid*.

Otro de los cuidados, y el más importante acaso, de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde había que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero ó comadron, aplicados á la estadística.—Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una:—«¿Hay novedad desde el año pasado?»—y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados.—Los apellidos recibían en su pluma terminaciones bárbaras, que harían sudar al etimologista más perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas:—v. gr.—«Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengana, su abuela, idem», etc.—Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto) si había habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones sólo había en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba, por muerto, de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas bajo el genérico nombre de *artistas*;—para él todos los vecinos de las buhardillas eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios los que tenían veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecían en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel.—Un año daba el padron del barrio tres

mil almas, y al año siguiente diez y seis mil; en aquél todos eran varones, y en éste llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurría muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenía que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era ménos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la expedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodón ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecía ocupado en atar y desatar (muchas veces del reves) padrones y registros, miéntras iban entrando los postulantes, desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salía á viajar.

—Buenos dias, señor Alcalde. (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya ve V., porque..... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de..... Tal; que deja al amo que servía, por..... razon de estado», etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato busca dónde sentarse; pero el Alcalde, previendo este desacato, ha suprimido las sillas.—Llégale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero), ¡á mí, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas!.....

—Más que sea V. (replica el Alcalde) el mismísi-

mo Preste Juan. Aquí no hay más que la ley; la ley.....

Por fortuna acierta á entrar á la sazón el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa más abierta), y aquél, conociendo lo arduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero no sabe cómo él, que viene á responder de un duro tomado al fiado, puede.....

—No importa (replica el Alcalde); la ley es ley, y usted tiene casa abierta; conque puede V. ser fiador. Extienda V. el documento, secretario, yo dictaré.—«*Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc. (lo impreso) á don Fulano de Tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Filipinas en la Habana; va de intendente á negocios propios: sale en posta, vía recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte..... Señas personales: Cara redonda, ojos idem, boca idem, pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.*»

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aún á todo honrado ciudadano una porción de derechos imprescriptibles, con los cuales puede, en caso necesario, engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, cultos y clero, puertas, alcabalas, etc., amén de las extraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir.—Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho ménos á quererlo remediar.—Puede, si gusta, hacer uso

de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior.—Está en el lleno de sus prerogativas cuando hace centinela á la puerta de un ministerio ó acompaña á una procesion, uniformado á su costa con el traje nacional.—Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del país cuando, abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar como jurado la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego.—Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, éste oficial de su compañía, aquél jefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entónces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo excelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galan.

Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo), trabaja dia y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra expedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas.—Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores responde heroicamente, cual el otro ilustre ro-

mano: « Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la patria; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.»— Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

Hé aquí otra raza antidiluviana, que los futuros geólogos hallarán en el estado fósil bajo las capas ó superposiciones de nuestra tierra vegetal.—Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena, con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos y su cayado patriarcal.

Hoy dia, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desaffo á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos, y el amor cieguzuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.—Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

« de pacer olvidadas escuchando »;

hoy sólo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir.—Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regalada : sólo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por más que me echo á mirar; lo cual me convence más y más de mi prosaica, material y nimia inteligencia.—Y hé aquí sin duda la razon por que no he tropezado aún con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar más me ha parecido graznido de pato que música celestial;—así como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la mujer hermosa me echo á adivinar su mísero esqueleto; ántes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió.—Los arroyos y torrentes no me murmuran ni me lamentan, ántes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta:—el cementerio me parece cosa muy santa y muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos, los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio), escogia, á no dudarlo, el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entónces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del buido puñal.—Porque aquéllos (los zamarreros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvisaban una *bomba* en un regalado festin.—Ni se tenian por hombres providenciales, enormes, ni pretendian, á lo que creo, ser la única expresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intríngulis; y el que *tenía vena* (que

así se decia) ó *le soplabá la musa* (que así se pensaba) tenía carta blanca para salir por esas calles adelante disparando redondillas y ovillejos, epigramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo; los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia, cuando más, derechito al hospital de Toledo; pero miéntras andaba suelto era el hombre más feliz de la tierra, viendo impresas en el *Diario* sus improvisaciones y ensueños, oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina, y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España. —Una plaza en la contaduría de éste, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia : el término de aquéllos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que, ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCÓLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa; Apolo y las musas se rigen por un arancel.—No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amén de algunos *genios de pecho* que hacen concebir las más lisonjeras esperanzas.—En los principios de su carrera el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el

más mínimo interes los torrentes de su sabiduría; pero andando más los tiempos y luégo que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razon corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiracion.

Nuestro autor entónces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio, y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas, y el abogado la de las malas.—Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que más le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades; ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos; los otros (y son los más) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy léjos de aquellos tiempos en que se decia que

« sólo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España al alto grado que

alcanza en los mercados extranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle.—Hé aquí la causa por que abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas:—la solucion del enigma está en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquéllas se cotizan al contado como papel de nueva creacion, y éstos entran en la categoría de deuda diferida y sin interes.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee: para el bolsillo, porque nadie lo compra.—El autor dramático recibe á lo ménos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad.—Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó sólo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demas, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene saber que para ser hoy dia escritor dramático no se necesita gran dosis de invencion ni de filosofía, de observacion ni de estilo.—Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crimen al más pintado, y que chille el muerto;—se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos;—se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres;—se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico ó caballeresco.—Ultimamente (y es lo más socorrido) se traduce un drama de Buchardi ó una piececita de Scribe, se la esquila,

trastrueca y muda el nombre, como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote acomodo y arreglo á la escena española.—Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro.)—Yo le diré á V. (me contestó), ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *tutti* dramático descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles, que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPÍLOGO.

No concluiríamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma;—*El cortesano*, que ántes adulaba á los reyes, sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno*;—el *devoto* se ha convertido en *humanitario*;—el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota*;—el *historiador* en *hombre de historia*;—el *mayorazgo* en *pretendiente*,—y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano*.—Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán, como los otros, á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos..... ¿Quién reirá el último?

EL CURIOSO PARLANTE.

TENGO LO QUE ME BASTA.

«Le peu qu'on travaille c'est pour parvenir à ne rien faire; ne rien faire est ici le bonheur.»

DUPATI.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca afición al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros, á la falta de estímulo y galardón; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion, sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los es-



pañoles, cualidad excepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? — ¿Será acaso nacida de virtud ascética, que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazón? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situación, que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echarémos de ver que hay algo de todo; algo de virtud, de filosofía y de bienestar. — Me explicaré.

Hay algo de virtud; porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir expresiones de lisonja y sumision á otro sér que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creemos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía; porque filosofía es la moderacion de los deseos y la tranquilidad del ánimo; la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible; el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aún á la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades más avanzadas ó más codiciosas, los hombres se agitan continuamente para llegar á aumentar

la serie de sus goces, que muy luégo convierten en otras tantas necesidades.—Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga más regalada su existencia;—cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso;—hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigiliass, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad;—hay, en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del país, dominar sus destinos é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á más grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible hácia un *más allá* que extienda el círculo de sus satisfacciones, que les haga dejar atras á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar, sin embargo, grandes adelantamientos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nación.—A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulsos del vapor; la vanidad, que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transformar en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio y el orgullo, que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las más exiguas necesidades; veréisla convertirse muy luégo en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo, en que sólo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de San Bruno: «*¡Que morir tenemos!*»

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que más, trate de exagerar hasta este punto su indiferente apatía, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos;—pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aún bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continúen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí.—A ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas, que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad;—responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador;—responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta á un nuevo artículo de los que ántes nos abastecía el extranjero;—responderán, en fin, algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en un solo dia, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las

nuestras aquella apatía ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquéllas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exagerada moderación de deseos, este «*Tengo lo que me basta*», que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir más halagüeño.

¡Tengo lo que me basta! esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podría doblar su precio; podría habitar una casa más cómoda; podría abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podría entregarse el día festivo á un halagüeño recreo; podría resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ú otra cualquiera desgracia.

¡Tengo lo que me basta! exclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer más; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡Tengo lo que me basta! prorrumpe también el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesión de su albedrío, y desoye la voz de su razón, que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situación independiente y feliz.

¡Tengo lo que me basta! replica el mezquino mercader no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que

le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos, por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso, en fin, no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del país.

¡Tengo lo que me basta! repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

¡Tengo lo que me basta! claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

¡Tengo lo que me basta! prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

¡Tengo lo que me basta! decia, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia del hidalgo castellano.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Búrgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido á su país natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se extendia ó no más allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores; unas viñas y tierras de pan llevar, un ca-

ballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compas á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.—Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto más, cuanto ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habíanle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya de edad proporcionada y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte que, no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesiæ* aquella pacífica union;—quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos y á sembrar la consternacion en aquellos corazones, que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor Alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la Comision de agravios la correspondiente excepcion;—no hubo remedio;—el abogado cobró sus derechos; la Comision hizo su agravio, y su merced el Alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien, como era consiguiente, y por ser el que más falta hacía en su casa, sacó la bola negra; aunque malas lenguas contaron entón-

ces que más que á su sino lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro jóven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para hacerse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la majestad reinante; ya, en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fe al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla.—En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luégo tan buen lugar en la opinion de sus jefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores, llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitán.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse más y más patentes su valor é inteligencia, y ya todos los jefes veian un digno sucesor en el capitán Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse, aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la extremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tedio invencible por la agitacion de la carrera militar, despertando sus ideas de reposo y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su país natal.

—«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitán; ya conozco lo que valen los agi-

tados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares..... ¿A qué engolfarme más y más en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho, ó de una injusticia que me envenene el corazon? —Alto allá, osados deseos; dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y..... *Tengo lo que me basta*; dejemos el resto á los que vienen detras.»

Y con asombro de sus jefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid, en quien reposaba más de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia.—Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de otro hidalguete de las cercanías, y de su escasa fortuna, en fin, apénas quedaba sombra ya.

Reflexionó entónces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio, donde tan prósperamente le sonreia la fortuna.—Consideró, sin embargo, que á los veinte y seis años, con buena salud, talento y experiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquélla, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la córte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino, su entendimiento despejado y su exquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo.—Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que hablaban de futuros adelantamientos:—«¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz; *tengo lo que me basta*; dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son, por consecuencia, harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya.—El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion; y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo equivale á quedarse atras.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema; y parapetado (parecíale á él) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete; ni leia las declamaciones periodísticas; ni daba alguna vuelta por las antecámaras de la córte; ni tenía esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vese por lo dicho que nuestro hombre era más propio para los tiempos añejos y poco ilustrados, en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social*; y déjase inferir que, á pesar de sus merecimientos, muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado, como otros miles, al inmenso *panteon*.

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse más enérgica, como para desmentir la parálisis á que se quiso sujetarla.

Así ni más ni ménos sucedió á nuestro jóven ex-administrador; por lo que, en vez de trabajar de nuevo con sus jefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretexto de ella para darse á luz como la víctima de un partido y órgano natural de otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para extender sus especulaciones, y llegó á conseguir, por fin, al cabo de algunos años, una posicion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreír á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es, sin duda, un extremo vituperable;—nuestro protagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto.—Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus corresponsales, se despidió cortésmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increíble á mis lectores; pero este hom-

bre, cuya existencia parecen varias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo—libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él;—y luégo que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luégo entre los primeros escritores del país.—Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar más y más su brillante aparicion en el orbe literario;—el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado y dijo: « *Tengo lo que me basta*; no quiero ni debo trabajar más.»

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazon.—¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel sér aislado é indiferente?—Pues fué nada más que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin, de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Además, habíale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ajeno.—Sin embargo, yo no sé qué aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé qué hastío

producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo más que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña, sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exigencia del mundo.—No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luégo satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó á vivir en ella.—Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad.—No paró aquí, sino que el amor, que habia traído á la mujer, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otras dos al tercero; y con ellas vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luégo los ayos y preceptores; más adelante, los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenía*, ó que sólo tenía lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre, que con un poco más de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo.—Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el

porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle.—Por último, de su misma desgracia y de su triste y miserable fin dedujo él entónces y reproduzco yo aquí la consecuencia de lo imprudente que suele ser este «*Tengo lo que me basta*», que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria parálisis, y acaso, acaso, á su cierta é inevitable ruina.

(Junio de 1838.)

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningún rapaz que digamos, sino ántes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cincuenta navidades debajo del peluquin;—pero él, siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud, á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir: *Esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviosos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luégo al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien, al verle quimerista y pendenciero, profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas hazañas, y luégo vimos que todo era puro ruido y nada más.—Así que más grandecito le miramos recitar coplas y

manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía.—Aficionóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro y las monedas de oro, y luégo le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad*.—Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aquí á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de jóven, y más entrado en años saltarin y brincador?—Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor hase tornado de espaldas al retratante, ó ha dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al márgen á tomar la medida al tal nene; quiero decir, á ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por exclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion*, á este cómico de la legua.—No, sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en toda época alguna ó algunas cualidades más especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de creerlas exclusivas, ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó más señales que le distinguen de otros; como por ejemplo, una verruga en la nariz, lo cual es suficiente para poder apellidar á su dueño *el hombre de la verruga*; sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo verruga, sino es ya que la verruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la verruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado ántes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó por hablar en términos más cultos, *el espíritu de asociacion*.

Con efecto, por poco que observemos, veremos luégo que ésta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y así como en otras se han refundido y representado, digámoslo así, en un solo hombre, ésta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los séres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo ó una verdadera y sólida voluntad.

De aquí tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aquí tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mutuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven más que dos», dice un refran.—Refranes hay para todo, y tambien hay otro que dice:—A ménos bultos más claridad.»—Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo:—Reunan ustedes muchos sabios en una junta, y sumen luégo las cantidades de sabiduría..... ¿Cuánto me dan ustedes si sacan ménos que la que solia tener un sabio solo?

«—Dispare V. una bala á ese buque, señor sargento.

»—El buque no está á tiro, mi general.

»—Pues dispare V. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociacion no tenga, y mucho, de bueno; no, señores: esto lo que quiere decir es que la asociacion suele á veces estar reñida con el espí-

ritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cual más importante?—Por ejemplo :

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo..... ¿ A qué se ha de aplicar? ¿ Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia.....? ¿ Atestará su caletre de *infolios* para adquirir una profesion honrosa.....? ¿ O viajará, y revolverá mares y tierra en busca é investigacion de la verdad ?

Nada ménos que eso.—Reúnese con otros compañeros, todos de su edad, y declárase, como ellos, sabio y literato. (Esto es ya de cajon, y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto ; la poesía es una planta natural de suyo, que crece con las barbas.)

Reunidos en *comandita*, traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original.—Y los que no están de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado ménos en sospechar que tenía un genio más á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido:—« ¡ Vean ustedes, quién lo habia de decir ! ¡ y le teniamos por un fatuo ! »—Hé aquí el espíritu de asociacion útilmente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moises, que hacía saltar torrentes de gracia de las duras peñas ; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo, una diferencia, y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, miéntras que

nuestro hombre no tiene más capital que su activa imaginacion..... No importa..... ¿Quién dijo miedo?— Asíciase para explotar aquélla con un tonto (que nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres da con él en tierra, y luégo con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, pára en asociarse con un banquero, y luégo con un ejército, y despues con un gobierno, y alza y baja los fondos del Estado, y hace y deshace paces y guerras, y forma oposiciones, y levanta ministerios, y..... vayan ustedes á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobre viuda! tú contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesorería, y la tesorería te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes más remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda, al exclaustro, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes, y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

Otra de las más ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de la calle del Carmen, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquéllos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla se asociaban á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, miéntras que por la contraria se ofrecen los

palcos abonados, las doradas carretelas y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento más positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociación de nuestro siglo, es su aplicación al matrimonio; á este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofía.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible; —desde que los poetas modernos han renegado de la mitología, huyeron de su imaginación todas las deidades imaginarias, y en la mujer no miran más que un mueble de uso común, y en el amor nada más que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. —En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con piés de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigación y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusieronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan ustedes con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia*; que no hallan posible el amor sin el ribetito del crimen, ó por lo ménos sin peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazón, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles ustedes, digo, señoras doncellas, con las indirectas que ántes eran de uso común entre vosotras de..... *¡Qué malo es V.....! ¡Quién le creyera.....? ¡Lo dice V. de veras.....? Dígalo V. á mamá.....* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles, ni categorías ni fórmulas; que empiezan por apearse el tratamiento á la persona á quien se dignan dirigirse, y por llamarla *mujer á secas*, como en otro tiempo decían los pa-

triarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto: «*Mujer, vénte conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho*», y ellas cogian el cántaro bajo del brazo, y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais á todas horas y bajo las formas más fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguís sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura;—y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguís en la vuestra la misma geométrica proporción;—en vano palideceis como ellos; en vano sonreís amargamente; en vano cantais llorando, y bostezais en el baile, y en vano quisierais morir para parecerles mejor.—Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazón..... ¡oh! su corazón está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro traje sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia tienen sus horas de *positivismo*; horas en que la materia se rebela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es ésta?—*La mujer*.—Y échase por esos salones á buscar las mujeres del pró-

jimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo excusado; y las razones son claras;—1.^a, porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazón, y el suyo ya queda expresado que es inenajenable; 2.^a, porque ellas (las muchachas), si se las da un pié, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.^a, porque una soltera es una mujer completa, y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento*; porque aquéllas, en fin, aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote:—¿Mujer?—La del prójimo.—Uno..... dos..... tres..... trinidad perfecta.—¡Añ del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociación*.

Y el *marido* desde entónces tuvo un esclavo más á quien mandar, y la mujer un dueño más á quien servir.

Aquél dijo:—«Quiero ser ministro», y su siervo se constituyó en adulator.—«Quiero ser diputado», y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista», y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta», y el amante se obligó á entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto», y el tercero en concordia fué tonto como él.—«Quiero ser pobre», y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores, el vice-marido pudo contar..... ¡ahí que no es nada!..... ¡con media mujer!.....—¡Y qué mujer!..... ¿Y habrá todavía quien se ria de los maridos?

No hay, pues, que extrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante.—Ambos tienen á la mujer, ambos la engañan, ambos la desprecian.—El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material : lo que ántes exigia justa adoracion, es ya, por su culpa, objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y tal era tambien el que formaba respecto á su esposa el jóven don.....

Pero respetemos la memoria de un desgraciado, y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

(Diciembre de 1839.)

EL FASTIDIOSO.

La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caracteres más indefinibles, más extraños, y sin embargo, más comunes de nuestra mísera humanidad.— Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epíteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y anti-páticos que pueblan el mundo, y que parecen expresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas?— La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida, y aprovechando un corto instante que le dejan en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavía dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su péñola, prepara su paleta, y en desahogo de su tormento, ensaya á trazar así el espíritu y la forma de sus verdugos.

El fastidioso es un sér casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromerario, la actividad de la pulga y la perseverancia del mosquito: se alimenta, como la sanguijuela, de la sangre humana que consume: se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad: tiene la locuacidad monótona é irreflexiva del papagayo, la impasibilidad del jumento y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmentè es larga, y goza de sus facultades

hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual, léjos de contrariarle, le sirve más bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es excelente, y como diriamos en el lenguaje moderno, *providencial*; porque si enfermase, podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliria así su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparlas en seguir constantemente á sus víctimas.—Es amigo de visitas extemporáneas, y no hay hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno, huyendo de su irresistible dominacion, tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arenas del Desierto ó en las heladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caracteres amables y bondadosos son aquellos en que más frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon é indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hay ira posible ante un hombre que á todo da la razon; que si sonreís, rie á carcajadas; llora si suspirais; si os quejais de frio, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido; os deja la acera en la calle y os cubre con el paraguas cuando llueve; todo con el objeto de que sufrais su monótona y cansada relacion.—El que pretenda conjurarle con su frialdad y despego, se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion, con perseverancia: si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará, porque va casual-

mente por el mismo camino; si estais en la cama, se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seais mujer y esteis con los dolores de parto;—si le cerrais, en fin, vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el baston.

En la calle es inútil el caminar deprisa, porque él hallará medios de saliros al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado; os cogerá los botones del chaleco ú os arreglará el lazo de la corbata, miéntras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar:—todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco, que os ofrecerá, y que os hará tomar áun cuando no lo gasteis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halleis complacidos, sentados, tal vez, al lado de una mujer hermosa, os preguntará por la vuestra, si sois casado, ú os llevará aparte con mucho misterio á un extremo de la sala para deciros en confianza que se ha publicado la Bula ó que se murió Cárlos III.—En política os recitará palabra por palabra el discurso que habeis leído en el *Eco* por la mañana.—En literatura hará en plena tertulia el análisis, ó más bien diseccion, de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite á los demas tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso:—«Se van ustedes á reir mucho»,—sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son éstos dotados de una gran memoria, que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los aguadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa prolijidad.—Su vista es perspicaz como la del

lince, y jamas olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distínguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora, le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Pero el fastidioso que á más de fastidioso es desgraciado es el último término, el *non plus ultra* del fastidio.— Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatro os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su mujer.— Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion!— porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interes, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y exclamaciones, sin considerar que vosotros, probablemente, hallaréis muy natural el que á hombre semejante le engañe su mujer, se le subleven los hijos y le abandonen los criados por no aguantarle.

El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que «él no se fastidia nunca»; y es muy natural que así suceda, por la misma razon que la muerte no muere jamas.

Por lo demas— ¡miseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso!— si una vez ha llegado á marcaros como sus víctimas, no hay poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion — porque su omnipresencia es la de Dios, y su fatalidad la del destino. — Con la vista del águila os distinguirá entre mil, y con las alas del buitre os alcanzará en la carrera. Unicamente su muerte pondrá fin á vuestro tormento, y si él es tal que os haga llegársela á desear, pedidle á Dios que sea repentina, pues de lo contrario, estais expuestos á experimentar su larga agonía, y morir de fastidio ántes que él.

Pero colguemos, en fin, aquí la péñola, no sea que el lector venga á advertirme de que he trocado los frenos, y que el pintor se ha convertido en el modelo que intentó bosquejar.

UNA MUJER RISUEÑA.

Supongan ustedes, señores lectores, unos ojos vivarachos, una dentadura blanca y tirada á cordel, una fisonomía abierta y expresiva, narices de respingo, dos manzanitas sonrosadas por mejillas, y un permanente hoyuelo formado por ellas á cada lado de la boca; un cuerpo naturalmente esbelto y bien cortado, aunque libre de corsé y ligaduras; una garganta blanca, y un si es ó no es demasiado enemiga de lazos y cachemiras; un peinado, en fin, sencillo y clásicamente griego, recogido por exhuberante en sendos bucles al traves de las orejas.—Tal es la mujer que yo me figuro en esta ocasion, y si ustedes no lo han por enojo, podrán, señores lectores, tener la bondad de figurársela conmigo.

El Señor al enviarla al mundo la dijo con tono reposado:—«Tú reirás»,—y no lo habia pronunciado, cuando ella le contestó con una carcajada.—Lo mismo, ni más ni ménos que los poetas del dia, que cuando el númen se les aparece á los quince años y les anuncia que gemirán, ellos le responden ya con una docena de dramas á mil cuadros, como percal escoces, que habian compuesto áun ántes de saber que serian poetas.

Pero volvamos á la niña en bosquejo, que, á no poderlo dudar, es el bello ideal de la humana felicidad.—Porque ustedes convendrán conmigo en que la perfectamente hermosa se vuelve con los años perfectamente fea; la coqueta parece entónces un diablo; la sensible, una codor-

niz; la elegante, una tarasca; sólo la mujer risueña parecerá entónces una mujer amable. — Por esto tiene entre las demas de su sexo pocas amigas, y no nace esto sólo de envidia, sino de temor; porque saben que las observa, se rie de ellas y las hiere con las poderosas armas del ridículo. Esto seguramente no es nada recomendable; pero ¿qué quieren ustedes? Hay almas de este temple, y afortunadamente para ellas sólo pueden mirar las cosas por su aspecto risible y figuron.

La mujer que pinto es una de estas almas privilegiadas. — Si escucha, por ejemplo, la relacion de una desaffio por amores, se rie del muerto y de quien le mató por tan poco motivo; para ella una de las situaciones más cómicas del mundo es la de un hombre que se pasa un bala entre oreja y oreja, ó se quita la casaca para arrojarla de buena fe en las cenagosas aguas del Canal. — En el teatro no puedé contener la carcajada cuando ve salir la copa de carton ó el puñal de hojalata; en los tribunales rie que se las pela de los manoteos del abogado ó de las narices torcidas del juez; en los debates políticos, de la impolítica de los oradores; y en la sociedad privada, rie de la fama de muchos sabios, de la felicidad de muchos matrimonios, de la riqueza de muchos comerciantes, del valor y arrogancia de muchos héroes. — Todos á encomiarlos y ponerlos en los cuernos de la luna, y ella rie que te reirás.

Muchos creen que tiene talento, porque habla de todo y mete mucho ruido con su alegría; pero, á decir verdad, no hace prueba de su ingenio sino para evitar las discusiones sérias; y así cuando las ve venir desde una legua, empieza á conjurarlas con su sonrisa, y cuando llegan á encrespase y la piden su parecer, suelta la carcajada, y deja á sus contrincantes con tanta boca abierta, creyendo que han dicho un disparate.

Tiéndenla las demas mujeres por coqueta y un poco

más; pero es no conocerla; es no saber que su corazón es tan bailarín como sus ojos, y que sería imposible, por lo tanto, fijarle un solo momento con seriedad.—En vano su belleza y gracia picaresca trae á su retortero cien galanes más ó ménos sublimes, más ó ménos traducidos del francés; no bien los mira arquear las cejas, flechar los ojos lánguidos, doblar la rodilla y prepararse á hacer una declaracion calderoniana, complácese la maldita en interrumpirles con una salida tan exótica como ésta:—«Dígame usted, Carlitos, ¿le gustan á V. los pimientos en vinagre?»—Y deja al pobre galán en una situacion equívoca, y se pone de dos saltos en el balcón tarareando la mazurca de *Oriente* ó el terceto del *Elixir*.—Lo he dicho ya: es demasiado tonta para hacer una tontería formal.

Verdad es que este carácter mofador la impidió encontrar lo que en el lenguaje comun se llama una *posicion social*; es decir, un marido á quien entregar su libertad.—Y no puede ser ménos; porque todos los halla tan risibles, que acaban por ponerse serios y tocar retirada. Cual la parece demasiado formal para jóven, cual demasiado calavera para señor mayor; danla en ojos las descuidadas barbas del romántico, y se rie del clásico con su peinado *bisogné*; ridiculiza al uno porque se pone mal la corbata; al otro, porque se la pone demasiado bien, y al tercero, en fin, porque no se la pone de ninguna manera.—Desdeña á un médico porque lleva sortijas; á un militar, porque se pone pendientes; á un literato, porque gasta anteojos; á un abogado, porque le nombró á Ciceron.—No hubo forma de reducirla á aceptar á un progresista, porque era pretendiente, ni á un retrógado, porque era cesante, ni á un estacionario, porque era oidor; y hasta desechó á un hombre honrado porque se llamaba D. Lucas, diciendo que era imposible que quien tenía tal nombre pudiese entender de amores.

Pues, á pesar de estos caprichos, es una mujer necesi-

ria en la sociedad, porque ella anima la conversacion; es secretaría de todos los enredos amorosos; presidenta de todas las *galops*, y forma con las mamás y las tias la comision extraordinaria de comidas á la Alameda y viajes á Carabanchel.— Los años pasan por ella, ó por mejor decir, ella pasa por los años, sin que ni una ni otros se den por entendidos de ello; y con la misma gracia y buena fe con que se rió en distintas ocasiones de las funciones cívicas y de las procesiones del año santo, se rie ahora de los sabios improvisados y de los héroes de ciento en boca.

Ya os veo venir, señores moralistas, ya os veo venir; sin duda que vais á decirme que es cosa reprehensible una mujer que convierte un salon en una galería de caricaturas; que renuncia á aquella reserva que el decoro y la buena educacion imponen á una jóven; que se expone con esta indiscrecion á las hablillas y á las sospechas..... Alto ahí, señores míos; ya he dicho que nuestra heroína es buena; sólo que la ha dado por reir; y díganme ustedes de buena fe: ¿merece otra cosa este siglo del fósforo, de los programas y de la limonada de gas?

Ella, en fin, conjura con su sonrisa sempiterna, no sólo los años, sino los trastornos y miserias que con ellos vienen; conjura con su fria carcajada los ardientes juegos del amor; con su labio desdeñoso, las petulantes demasías del orgullo; con sus lindos hoyuelos, las envenenadoras armas de la envidia; con su amable locuacidad, la compaseada etiqueta del salon; con su ingeniosa sencillez, los proyectos más dobles para rendirla.— En todas partes está, y en ninguna se está cierto de encontrarla; á todos contesta, y con nadie sigue correspondencia; mira, en fin, á la sociedad como un objeto de diversion; á los hombres y mujeres como los muñecos que la divertian en su niñez; al amor como un juguete, y la tertulia y el Prado como una tienda de tiroleses.

BOCETOS
DE
CUADROS DE COSTUMBRES.
(1840 Á 1860.)

EL GABAN.

«El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona» —decía un sastre extranjero por encabezamiento de sus minutas de forros y entretelas; y esta expresion, que no pasa de ser una necedad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaria á ser sentencia y apotegma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del hábito en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vesti-fisiológicas;—desde Diógenes, que se vestia con una tinaja, hasta Mad. Sand, que gasta levita y espuelas;—desde la acerada cota de Pelayo hasta el fino paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificacion hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona», es todavía más fácil de probar; y si no, hagan ustedes una prueba, señores lectores: abandonen por unos dias guantes y levitas; vistan chaquetas y zaragüelles, calcen abarcas y sandalias, y échense luégo de este modo á visitar damas y magnates, espectáculos y paseos; verán entónces claramente lo que valen por sí solos, sin el sobrescrito del traje.

Pero, en fin, resumiendo en una ambas calificaciones,

no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresión de la sociedad, y que bajo este aspecto el estudio de los figurines de modas es uno de los más profundos á que puede entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airosa y artística camiseta griega, de la noble y grandiosa toga romana, de las severas armaduras godas, de los vistosos yelmos y capacetes de la Media Edad; dejando á un lado los monótonos colorines chinos, los pintorescos ropajes musulmanes, la primorosa simplicidad india ó la ostentosa variedad pérsica, plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos XVI al XVII, cuando, terminadas ya las guerras interiores, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y arnes, formaron por primera vez una masa comun, una misma familia, regida por una misma mano y gobernada por la propia religion y leyes.

Prescindiendo de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recién incorporados, ¿qué hallamos en los trajes de aquella sociedad, que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿No advertiremos en sus variados córtes y coloridos, sus plumajes y cimera, el reflejo aún reciente de la ostentación oriental?—El capotillo en los hombres, ¿no era una consecuencia del alboroz árabe?—La mantilla de las mujeres, ¿no venía directamente del velo musulmán?—Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galantería, ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no ve en el primor de las plumas y bordados la altivez y encumbradas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del Nuevo-Mundo?

El íntimo contacto con los demás pueblos prestó por entónces al traje español una extremada variedad y riqueza.

za, tomando de todos ellos aquella presea que más halagaba al entónces justo orgullo nacional.—El sombrerillo de terciopelo aleman, el gregüesco cortado á la veneciana, el justillo florentino, la levitilla francesa, la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana y el oro, plumas y pedrerías de Méjico y el Perú.

Insensiblemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo tambien nuestro traje y cambiándolo por la casaca francesa y los enormes pelucos de la córte de Versálles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V vino una legion de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad y calzarles la librea parisiense.

Por desgracia, hallaron una sociedad dispuesta á vestirla.—Los elegantes de entónces, que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos, admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luégo de concluida la guerra de Sucesion, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, brazaletes por encajes, y espuelas por hebillas.—Las damas, por su parte, siguieron el movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillos, arracadas y empolvados artificios del cabello á la Montespan ó á la Pompadour.

Este reflejo de la córte de Luis XIV fué desapareciendo igualmente con su memoria, y ya en el reinado del segundo hijo de Felipe, el gran Cárlos III, quiso de nuevo la sociedad española reflejarse en el traje, y surgió de improviso la capa andaluza ó árabe, aunque ya con un carácter ménos risueño, sin tanto adorno ni colorin, pero manejada siempre con igual desembarazo y gentileza;

acompañábala entónces el sombrero chambergo, que recordaba las antiguas glorias españolas; y en las damas la basquiña y mantilla elegante, airosa, y peculiar emblema de nuestro suelo, se elevaron por entónces al más alto punto de esplendor.

*Todavía, es verdad, andaba alternado todo esto con resabios de la moda extranjera; todavía se dejaba ver aquella indecision propia de sociedades á medio traducir; y al paso que los *currutacos* y la masa del pueblo vestian chupetin y redecilla, calzaban zapato y cubrian su cabeza con sombrerones, los *petimetres* y grandes señores guardaban todavía respeto hácia la casaca bordada de sederías, la honrada chupa y el clásico espadin.

Pero vino Napoleon (que era un buen sastre), y á toda Europa la uniformó.—Nuestros soldados perdieron coleta y botines, sombreros tricornios y arcabuces, y recibieron *dolmanes* y chaquetas francesas, *schakos* polacos y fusiles ingleses.—El paisano, siguiendo aquel movimiento de uniformidad militar, adoptó generalmente el pantalon y el *frack*, y la elegante dama ostentó sus atractivos á favor de los pliegues de la *dulleta* y el *citoyen*.

Los *petimetres* habian sustituido á los *currutacos*; los *elegantés* acabaron con los *petimetres*.

Desde entónces, y luégo que pasó la época marcial de Napoleon, se empezó á reflejar en el traje la incertidumbre de las ideas, la inconstancia del siglo nuevo, la ausencia de pensamiento dominante en las instituciones, en los libros, en la tijera.

Miéntas llegaba el caso de inventar algo de nuestra propia cosecha, continuamos recibiendo todos los correos la moda parisiense, envuelta con las leyes políticas, con los gustos literarios y con las aplicaciones científicas.—Pero esta obligacion envolvia una trasformacion tan continuada, que más pareciamos arlequines que gente for-

mal;—por ejemplo, cuando los *lechuguinos* (que así nos llamamos los sucesores de los petimetres) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas á la *bombé*, con nuestros talles altos y peinados á la *girafa*, de pronto venía de París la órden de ensanchar las bragas y aplastar las botas, de bajar el talle ó arruinar el moño; —al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con cartera, y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cordonadura, sus pieles los rusos, y los italianos sus gros.—Y no habia más remedio que seguirlos á la carrera, porque ¡desgraciado el hombre ó la mujer (entónces no se decia la mujer, sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los frakes *pistachos*, ó de los *spencers* junquillos, se dejaba ver en el Prado infringiendo la órden, que no necesitaba más para perder su reputacion, y ahogar, como ahora se dice, *su porvenir!*

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talisman, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha, todas las botas de campana, todas las levitas de cúbica, todas las basquiñas de alepin morado. Así como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época, diciendo *carrikes* á la Wellingthon, barbas á la Bergami, peinados á la Quiroga, gorros á la Navarino y levitas á la Montresor.

Esta época de la moda era, si se quiere, ridícula; pero en fin, era variada; carecia de idea, pero andaba á caza de todas; era traducida, pero de todas las lenguas, y no de una sola.

Al traves de todas estas circunstancias descubríase en los rigoristas un pensamiento, que revelaba tambien el de la sociedad; y este pensamiento, de acuerdo con el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con afeites y atavíos.—Fué, pues, ésta la épo-

ca del similar y del abalorio, así como la anterior lo había sido de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los Hugolatras, y de una plumada suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer; por otro decreto anularon la camisa ó la eclipsaron con la corbata; hicieron inverosímil el chaleco; desdeñaron cadenas y oropeles, y sólo transigieron por la decencia con un modesto y abrochado levitin.—Ya desde entónces todo hombre tuvo á gala parecer de sinistra y fea catadura; y la palidez mortecina, los largos bucles y los anchos pliegues de las damas fueron sustituidos al ajustado corpiño andaluz, al rodete chinesco ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombres hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gaban*, que no es más que un pretexto para ir en camisa; siendo de suponer que, siguiendo esta progresion, lleguemos muy pronto á los mandiles indianos ó á la hoja de parra de nuestro padre Adan, que es más fresco: únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido*.—Las damas (ahora se dice *las mujeres*) han seguido un sistema contrario, y en lugar de suprimir, han ido adicionando á sus personas, en términos que, si ántes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y otras tantas de *crinolina* (léase *miriñaque*) para el armazon, con lo cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo, y todas tienen el aire de campanas ambulantes ó de hormigas en dos piés.

Resumiendo.—Hemos visto á nuestro siglo de oro representado por las gallardas armaduras y los preciados jaeces, tomando éstos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba;—la bordada casaca y los empolvados bucles representaron despues fielmente á

un siglo de prestada bambolla, y de postizo y extranjero artificio;—la capa y la mantilla revelaron luégo la verdadera índole de la sociedad puramente española;—el frack uniforme despues, la influencia militar;—la variedad interminable de los trajes, la inconstancia posterior de las ideas;—por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política, ni en literatura, ni en nada; reina en ella la anarquía, como en la sociedad; se afecta la grosería y el feo ideal, como en las acciones; se encubre la variedad á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda jerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del dia está, pues, simbolizada en el *gaban*.

1840.

CUATRO PARA UN HUESO.

Hasta los tiempos que corren se ha venido repitiendo, y no sin razon, que una de las grandes calamidades que han influido en el decaimiento de nuestra España era el furor que á todos aquejaba de lanzarse á los empleos públicos; y para explicarnos con una palabra técnica y popular, la *empleomanía*.—Que ella alejaba de los estudios útiles, de los campos y talleres á una inmensa masa de ciudadanos, los cuales hallaban más cómodo asegurar su subsistencia y adquirir honores á trueque de un trabajo material ó limitado, que romperse la cabeza en sólidos estudios ó en mecánicas faenas, para abrirse paso á una de las pocas carreras llamadas independientes.—Y que, en fin, el halago de los oropeles cortesanos, la ambicion de las altas posiciones en la escala social, sacaba de su quicio á la imaginacion más modesta, y la hacian desdeñar otros caminos por éste, que se apellidaba el camino real de la fortuna.

Ahora, bendito Dios, sucede todavía lo mismo; pero acontece con esto como con todas las costumbres inveteradas, que duran aún largo tiempo despues de haber desaparecido el objeto: como en aquellas romerías que el pueblo sigue por rutina, aún despues de haber dejado de existir el santuario; como aquellos paseos de viejo celibato ante los cerrados balcones de su difunta beldad.

Con efecto, la manía sigue, pero ha desaparecido el empleo; la romería progresa, pero quedó allanado el santuario; la adoracion existe, pero ha huido del templo la deidad.

Y véase de qué modo indirecto, providencial y digno de todo encomio hemos llegado, ó vamos á llegar, al punto término tan ansiado de economistas y filósofos, al punto en que los empleos sean tan poco ansiados, que haya que imponerles bajo multas y apercibimientos.

Todo esto se ha conseguido por medio de un ingenioso mecanismo, que no se sabe qué admirar en él más; si la sencillez del procedimiento, ó el poco discurso de nuestros mayores, á quienes les fué desconocido.—Este descubrimiento mágico y sublime está dicho en dos palabras:—descubrimiento contra la avaricia.—Anular el valor de la moneda.

En primer lugar, ha desaparecido á fuerza de manosearle el barniz aristocrático de los cargos públicos, con la simple operacion de levantar su estanco, quiero decir, con ampliar á todo el mundo el innato derecho antiguo de ciertos nombres, de ciertas familias, de ciertas condiciones.—Esto es muy justo, y hoy dia, sin necesidad de pruebas de nobleza, de saber, ni aún de probidad, puede cualquier hombre, siquiera sea un vendedor de fósforos ó un sastre remendon, echar el ojo á aquella plaza que más le cuadre, y embestirla de frente; que por poco que acometa, de seguro la ha de rendir.

Luégo las hemos declarado todas *al quitar*, y no perpétuas como ántes; con lo cual cada quisque puede tener el gusto de saborear por cuatro ó seis meses una excelencia ó señoría, y dejar luégo el puesto al segundo galan.—Con este ingenioso procedimiento ha desaparecido tambien la golosina del uniforme; porque necio será el que gaste en hechuras y bordados para tres ó cuatro re-

presentaciones que le tocan en esta farsa; pudiendo alquilarlos por días en la plazuela de Santa Ana ó en las roperías de la calle Mayor.

Seguidamente, hanse reducido los emolumentos á tablas de proporcion; por ejemplo:—Tiempo de servicio, seis meses. Item de abono, dos.—Los cuatro restantes se inscriben en el gran libro del destino, y el destino los guarda allí.

Por último, y para complemento de este mecánico sistema, se ha subdividido cada empleo en cuatro lotes, ó sea más bien en un premio y tres *accésit*, á saber:—empleo de presente,—empleo de pasado,—empleo de futuro,—sobresaliente á empleos;—ó sea dicho de otro modo: el poseedor, el pretendiente, el jubilado y el cesante.—Los últimos viven de memorias; el segundo, de esperanzas, y el primero, de caridad.—*Cuatro para un hueso.*

No sé yo cómo se atreven á decir nuestros dramaturgos que no encuentran en nuestra sociedad tipos originales que ofrecer en el teatro.—Si ellos la estudiáran con la conciencia de filósofos; si ellos no desdeñáran sus naturales caractéres por las inverosímiles creaciones é insustanciales peripecias de sus novelas dialogadas, á fe mia que habian de encontrar tantos y tan variados cuadros, tantos y tan nuevos colores en esta España que se deshace, como en la ya hecha supieron hallar Cervántes y Calderon, sin necesidad de acudir para ello á las consejas convencionales de Scribe ni á los fantásticos abortos de Dumas.

Y sin salir de nuestro argumento de hoy, ¿de qué sociedad, sino de la nuestra, podrian copiar un pretendiente sin más méritos que el de serlo, y un cesante con ellos, un jubilado de por vida, y un poseedor sin posesion?

Y ¿no es tipo único el de un hombre trepando cuestras y arrojando tempestades para llegar á una altura adonde sabe que no existe más que un árido arenal?

¿No es grupo interesante el del colegial que envidia al funcionario, y el funcionario que echa miradas ávidas á la modesta hortera del colegial?

¿No hay algo de cómico en el retirado que estira los años de su servicio, y el poseedor que tiene que acortarlos para equilibrarlos con el presupuesto de ingresos?

¿No son del género sentimental la viuda y el huérfano que elevaron un monte de esperanzas, y á dos por tres le vieron convertido en un valle de lágrimas y desengaños?

En todos los países hay—se nos dirá—pretendientes y empleados;—sí, responderémos; pero en aquéllos, para serlo han de preceder estudios, méritos ó servicios; y aquí de nada de esto se necesita.—Allí, una vez conseguido el empleo, basta cumplir con su obligacion para conservarle, y aquí es lo suficiente para quedarse sin él.—Allí los años tienen doce meses, y los meses una mesada, y aquí hay al cabo del año cinco mesadas ó seis.—Allí hay una tajada más ó ménos grata para uno solo, y aquí hay por lo ménos cuatro para un hueso á medio roer.

Ahora bien, señores dramáticos: ¿no hallan VV. en estos tipos aquella originalidad, aquella *vis cómica* que tanto pregonan?—Pues entónces reniego de su ojo dramático; compren un Taboada y métanse á traducir.

1841.

LAS TRADUCCIONES.

La manía de la traducción ha llegado á su colmo.—Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el día otra cosa que una nación *traducida*.—Los usos antiguos se olvidan y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes, y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*.—Los literatos, en vez de escribir de su propio caudal, se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten á la francesa; los cocineros nos dan de comer á la parisiense; pensamos en inglés, cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de Hahnemann; los legisladores nos hacen felices con *bills de indemnité*, y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los más cantábiles de *Arturos* y *Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del frances que esté *al corriente* de este modo de ser, de estas maneras sociales, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traduco-manos que han de darle en qué pensar.—Y yo, que para servir á VV. pienso ahorcar mi originalidad en las aras de la moda vigente, púseme á discurrir días atras, en uno de estos *apartes* que suele tener todo escritor, sobre

qué lengua escogería como blanco de mis iras, diciendo poco más ó ménos :—«Señor, el traducir del frances es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen, que apénas salen á lector por barba; el italiano tan sólo sirve, segun parece, para la música, y entónces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor; el inglés..... ¡es tan peliagudo esto del inglés!..... ademas, que los ingleses apénas escriben comedias, que es lo que importa; el aleman, el ruso..... ¡vaya V. á entender estas lenguas de perros! el portugues..... pero ¿qué se ha de traducir del portugues? Pues luégo, ¿qué traduciré yo?.....

¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado más gabachas que ántes de pasar los Pirineos?—No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los ensueños fatídicos de los vates no comprendidos?—Tampoco; porque entonces nadie los querria comprender.

¿Traduciré de la germanía política los discursos de fondo de los periódicos?—Ménos; porque entónces acaso vendrian á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entónces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la jerga de este médico, ó las hipérboles del otro orador?

Pero, en fin, en medio de este soliloquio, ocurrióme una idea, y fué que la más útil traduccion, y la ménos usada, es la del lenguaje figurado al sentido genuino, porque si, como decia algúien :—«El dón de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad», era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo diccionario fraseológico para el uso de la sociedad.—Ejemplos :

Cuando oígo á D. Pánfilo hablar mal de Gobiernos y sistemas; fruncir el labio al oír nombres ó discursos, y

lastimarse del estado mísero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesante ó pretendiente á empleos.

Cuando veo á D. Próspero echarla de rancio españolismo, y ostentar los adelantamientos y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que D. Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su traje y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y áun escasamente para zapatos.

Si un amigote de estos que uno tiene y que no sabe cómo se llaman, viene un dia haciéndome cortesías, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon:—«Este hombre (*traduzco*) va á pedir-me dinero.»

«Usted me confunde con elogios que no merezco» (me dice D. Hermógenes cuando me estoy riendo de él).—*Quiere decir*: «V. me tributa los elogios que yo le exijo.»

Un sujeto me hablaba el otro dia de que habia visto tantas tierras y cuantas ciudades; que habia andado cincuenta y más leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, de dia, y sin descansar.—Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trajes..... «Este hombre, *traduje*, ha viajado como un baul.»

¿Cuántas varas necesito para una levita?—Hay opiniones: tantas, segun el señor Tal; cuantas, segun el señor Cual.—*Traduccion libre*.—El señor Tal es ménos traducido que el señor Cual.

—«¡Qué tonta estuvo anoche la Paquita!»—(dice doña Mencía con intencion). Y yo *traduzco*:—La Paquita estuvo ayer más hermosa y obsequiada que otras noches.

—«Desengañese V., se ha perdido el gusto; el público

es ignorante», dice D. Eleuterio.—*Traducción literal*:—El público cree que el ignorante es el autor.

—«Disimule V., no tengo suelto», *quiere decir*: «No quiero soltarlo.»—¿Por qué se marcha V. tan temprano?, *puede traducirse*: Váyase V. cuanto antes.»—El hablar del tiempo frío suele ser temporal frialdad de la conversación.—A veces las convulsiones de Narcisa pueden traducirse por *antojos*;—las cortesías de D. Silfido, por *memoriales*;—las ocupaciones de D. Cornelio, por *condescendencias para con su esposa*;—la amistad de D. Cenon, por *impulsos de su estómago*;—y á veces escribir un artículo como el presente lo traduzcô: *emborronar papel*.

1840.

EL INCENSARIO.

MÚSICA CELESTIAL.

«Hemos dado en la flor de alabarnos
los unos á los otros.»

MORATIN.

La perfeccion social va creciendo entre nosotros, en términos que no es fácil averiguar adónde vamos.

Cuando hayamos acabado de fijar (que ya nos falta muy poco) cuál es la mejor forma de Gobierno posible; cuál es la sociedad más adelantada, más feliz, más justa, más inteligente;— cuando todo hombre se resuelva en derechos y no le aqueje ningun pícaro deber;— cuando, en fin, esté probado como dos y dos son cinco que no nos equivocamos, ni en materias religiosas, ni en achaques políticos, ni en cosas de ciencias, literatura y artes;—entonces ¡oh! entonces (digo yo para mi capote) ¿qué es lo que va á pasar aquí?—¿Y qué les dejamos que saber ó que gozar á los que vendrán despues, si tanta prisa nos damos los presentes á gozar y sabérselo todo?

Por fortuna, este término no está léjos, y casi casi da gana de pensar que estamos, como quien dice, tocándolo

con la mano; y que no ha de mediar el feliz siglo décimono-
nono sin que hayamos resuelto el problema de reducir al
país á un estado de beatitud diáfano, transparente, vapo-
roso y fantástico, en que todos seamos sabios, ricos, jus-
tos y benéficos, y la España entera un paraíso de Adanes,
ménos las serpientes y los camuesos.

Por de pronto hemos descubierto que todos somos sa-
bios ya.—Que nuestras obras prosáicas y poéticas, periód-
icas y fijas, sólidas y líquidas, son todas admirables, in-
imitables, inverosímiles, enormes y patagónicas.

Y no hay que tomarlo á pulla, señores lectores; que
somos nosotros los que se lo decimos, y cuidado con lo
que nosotros digamos, porque ya se sabe que somos los
órganos de este coro.

No, sino acérquense á cualquiera de las honradas libre-
rías de esta heroica capital, y á trueque de algunas mo-
nedas de vellon y de tales cuales malas razones del libre-
ro, tómense la pena de repasar las columnas de los periód-
icos diarios, terciarios, hebdomadarios, quincenos,
mensuales ó trimestrinos.

Verán en todos ellos consignada nuestra opinion sobre
nuestras propias opiniones.—Miraránnos extasiados de
inefable placer al recomendar al lector pagano nuestros
propios escritos.—Observarán (si no lo han por enojo)
que mirados bien, todos somos hombres grandes, genios
no comprendidos, colosales, piramidales y chimboráceos.
—Que en comparanza nuestra, Homero y Cervántes
eran dos monaguillos.—Que aquí, donde nos ven, todos
somos *distinguidos*, y ninguno soldado raso.—Como si
dijéramos, licenciados, arciprestes, doctores en letras, en
artes, en invencion.

Sabrán de oficio que todos tenemos nuestra *mision*.—
Cuál de revelar á España los sucesos que han pasado por
ella, en los términos que nosotros queremos que debieron